Minucias del lenguaje

Realidad literaria*

José G. Moreno de Alba

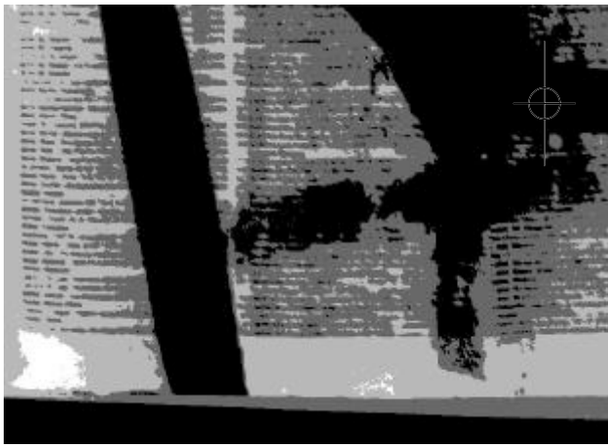
~

Darío Villanueva,
Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción,
Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2008.

Agradezco al señor Rector la atenta invitación que me permite hablar ante ustedes, así sea brevemente, de un excelente libro y de un destacado investigador. Conocí a don Darío Villanueva, entrañable amigo mío, hace muchos años, en una prestigiosa universidad de Nueva Inglaterra donde ambos nos encargábamos en aquel verano de sendos cursos: él de literatura española y yo de lingüística. De entonces a la fecha han pasado muchas cosas importantes en la carrera académica del Profr. Villanueva: entre otras, fue elegido rector de su universidad, nada menos que la de Santiago de Compostela, fue designado individuo de número de la Real Academia Española y nombrado doctor *honoris causa* de siete universidades de renombre. A esta misma Universidad de Aguascalientes lo ligan lazos de amistad y de colaboración académica. Ello explica que esta casa de estudios acabe de publicar el libro de su autoría titulado *Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción*.

Las investigaciones del Dr. Villanueva tienen que ver, muchas de ellas al menos, con disciplinas y subdisciplinas complejamente relacionadas con las más modernas tendencias de la crítica literaria. Me atrevería a señalar, destacadamente, dos: por una parte, la semiótica, específicamente la semiótica emparentada con la poética de Roman Jakobson, y, por otra, la literatura comparada. En el libro que hoy se presenta confluyen estas dos ciencias de manera no por natural menos admirable. Antes de referirme, mediante algún comentario más preciso, al libro mismo o a alguno de sus capítulos, me gustaría primero aclarar que las obras, artículos y ponencias de Darío Villanueva siempre están redactados con una elegancia conceptual y sintáctica verdaderamente excepcional en escritos de esta específica naturaleza científica. Recuerdo no pocos textos estructuralistas de mis años de estudiante, una de cuyas mayores dificultades era su redacción oscura y confusa. Nada que ver con la prosa de Villanueva: tersa, rica, llena de matices, luminosa... Viene a demostrar con ello que la más dura ciencia —y créanme que la poética lingüística es de ese tipo— puede explicarse con lenguaje bello y, sobre todo, preciso.

En este libro, pero no sólo en éste, nuestro autor manifiesta un particular interés por las relaciones que los textos literarios o, más precisamente, la lectura de ciertos textos literarios puede establecer y de hecho establece entre la realidad y la ficción. El diccionario define la *realidad* como "la verdad, lo que ocurre verdaderamente" y la ficción como una "invención, una cosa fingida". Las obras de ficción, en palabras del mismo diccionario, son las que tratan de sucesos y personajes imaginarios. Sin embargo, con mayor frecuencia de la que podríamos adivinar, la lectura de ciertos textos literarios puede convertir la ficción en realidad y la realidad en ficción. Téngase en cuenta que la verdadera realidad y quizá la única es aquella que nosotros percibimos y es tal como la percibimos. Se ha dicho con razón que la lengua es una especie de rejilla que cuadricula o arregla la realidad a su manera. Suele ponerse el convincente ejemplo de lenguas amazónicas para las cuales lo que nosotros conocemos como color verde es en realidad una multitud de diversos colores. Sus hablantes habitan un mundo que para nosotros es un mundo de tonos sólo verdes; para ellos por el contrario hay una enorme diversidad no de tonos de verde sino de colores verdaderamente diferentes. ¿Cuál es en ese caso la verdadera realidad? Evidentemente que la creada por la lengua. Algo semejante sucede no ya con la lengua sino con los textos literarios. Explicar ese bello misterio, hasta donde es posible, es el alto propósito del libro de Darío Villanueva. Disfruté todos y cada uno de los capítulos del libro. No puedo empero, por falta de tiempo, comentar la suma de todos ellos. Me detendré, un poco al menos, en sólo dos. Elegí, por razones obvias, los de tema americano: el uno ("Literatura europea y construcción colonial de la realidad americana") y el tres ("Sor Juana Inés de la Cruz, con pocos pero doctos libros juntos").



* Palabras leídas durante la presentación del libro, en la Universidad de Aguascalientes, el 4 de febrero de 2009.

La imagen que en Europa se tenía de América en los siglos XVI y XVII, en algunos aspectos, correspondía a la construcción que de ella hacían los cronistas, sobre todo los que nunca habían viajado a las colonias y, desde tierras europeas, mezclaban datos históricos con elementos de ficción. Era ésta, en palabras de Villanueva, una realidad literaria, sí, pero sobre todo realidad y, más aún, para no pocos la única verdadera realidad. La literatura, los libros crean verdaderas realidades. Los propios conquistadores y colonizadores llegaban a estas tierras con la cabeza llena de fantasías procedentes de los libros de caballería, fantasías que para ellos no podían en sentido estricto discriminarse

de la realidad cotidiana. Las ciudades y pueblos americanos, la flora y la fauna, en no pocos casos, a sus ojos venían a convertirse, es decir acababan por ser la realización viva de las imágenes que los libros de fantasías habían dejado en sus cabezas. A ello se debe, nos recuerda don Darío, que en su *Historia* Bernal Díaz del Castillo escriba que, cuando él y sus compañeros, con Cortés al frente, contemplaron de lejos la grandeza imponente de la capital azteca, "nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís". Esta simbiosis entre ficción y realidad quedará después plasmada en las crónicas, y los lectores construirán una imagen de América en la que ya no será posible distinguir, ni nadie se interesará en ello, lo real de lo imaginario.

La fina argumentación de Darío Villanueva para probar este milagroso efecto transformador de la literatura se entreteje, en este primer capítulo de su libro, por una parte, con el agudo análisis de textos cuidadosamente seleccionados (Valle-Inclán, Bernal Díaz del Castillo, Carpentier, el *Quijote*, Juan de Cárdenas, Lope de Vega, *Gargantúa y Pantagruel*...) y, por otra, con el apoyo erudito de una buena cantidad de autoridades de la crítica, de la semiología y de la poética (Todorov, Greenblatt, Eco, Leonard, Chiampi, Mignolo, Ainsa, entre muchos más).

En varios capítulos del libro se puede observar el interés del Profr. Villanueva por la relación que hay entre texto e imprenta, entre la literatura como sustancia y el libro como objeto. En particular me resultó fascinante, desde el título mismo, el capítulo tres: "Sor Juana Inés de la Cruz, con pocos pero doctos libros juntos". La hermosa expresión procede de un gran soneto de Quevedo ("Desde la Torre") que, en un formidable ejercicio de crítica comparada, analiza nuestro autor y lo contrasta con otro soneto, no menos bello, de Sor Juana, aquel que comienza con el siguiente verso: "En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?". Escribe Quevedo su soneto en esa especie de destierro (su feudo La Torre de Juan Abad) donde lo había recluido el rey Felipe IV; y Sor Juana lo hace también en la soledad de su celda. Ambos, empero, Quevedo y Sor Juana, tienen una excelente compañía: unos pocos pero doctos libros juntos. El primer cuarteto del soneto de Quevedo dice así:

Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.

También Sor Juana, en su celda, oía con los ojos a los muertos, también ella disfrutaba la dulce compañía de los libros. No necesitaba más. Desde niña estaba enamorada de los libros doctos. En el famoso texto autobiográfico conocido como la *Carta a sor Filotea*, Sor Juana nos explica que no pudo cumplir su intención de asistir a la universidad, pero que los libros suplieron con creces la escuela:

> Yo despiqué [desahogué] —escribe la monja— el deseo [de ir a la universidad] en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

Por eso puede muy bien afirmar, en el segundo terceto de su soneto:

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
Y así, siempre me causa más contento
Poner riquezas en mi pensamiento
Que no mi pensamiento en las
[riquezas.

Sabiamente expone el Profr. Villanueva las concomitancias y los admirables paralelismos no sólo entre estos dos celebérrimos sonetos, sino entre los dos egregios escritores. Explica asimismo la trascendente importancia del libro y de la imprenta como herramientas de aprendizaje y de construcción de mundos, de adquisición de sabiduría y de inmortalidad.

Mucho más podría decir sobre el libro espléndido que hoy se presenta en esta Universidad. No quiero sin embargo fatigarlos. Deseo terminar repi-

tiendo que, en mi opinión, una de las principales virtudes de las obras de don Darío es precisamente su enorme generosidad de intereses intelectuales y estéticos. Sus estudios, sin dejar de ser plenamente científicos, están muy lejos de la aridez que en ocasiones caracteriza a explicaciones demasiado técnicas y, por ende, frías. En los textos de Darío Villanueva, gracias por una parte a su fina sensibilidad de lector y, por otra, a su elegante redacción, se obtienen, en pocas palabras, estudios que no deben clasificarse simplemente como investigaciones semiológicas o de poética estructural. Son investigaciones que —aunque, como debe ser, se benefician de toda la ciencia semiótica contemporánea, de naturaleza predominantemente formal— jamás renuncian a la crítica culta, exquisita, erudita, elegante, de enorme tradición en nuestra lengua.

Felicito calurosamente a la Universidad de Aguascalientes por haber establecido relaciones académicas con la Universidad de Santiago de Compostela y, sobre todo, con su ex rector magnífico, don Darío Villanueva. Esto habla de la importancia que está concediendo esta casa al estudio de las humanidades. En nuestro país, lamentablemente, no pocas escuelas de estudios superiores suelen llamarse universidades a pesar de que no se enseñan en ellas las humanidades. Por lo que veo, no es el caso de la de Aguascalientes. Ojalá que influencias tan benéficas como la del Profr. Villanueva ayuden a fortalecer aquí el estudio de disciplinas esenciales como, entre otras, la filosofía, la lingüística, la literatura, la historia... Ello sin duda conduce al fortalecimiento de la universidad en su conjunto. ~

Disección del exilio

David Bak-Geller

~

Carlos Pereda,
Aprendizajes del exilio,
Siglo XXI editores, México, 2008.

Decimos frecuentemente que la experiencia nos enseña tal o cual cosa, que recibimos lecciones de nuestra experiencia, que aprendemos de ella. Éste es el tipo más básico e imprescindible de aprendizajes: sin ellos no podríamos vivir. Pero, además de los que recibimos de esa "escuela de la vida", hay otro tipo de aprendizajes que son más difíciles de adquirir porque requieren mucha más elaboración y la participación de varias personas, a veces de muchas generaciones y hasta de siglos. Para aprender de algunas experiencias hace falta escuchar a los involucrados, conocer su historia, saber qué instituciones las enmarcan —posibilitando u obstruyendo esas experiencias—, conocer qué lugar han tenido en la tradición del pensamiento, del arte, de la religión.

El viaje, por ejemplo, puede pertenecer a tal tipo de experiencias. Hay algo así como una "sabiduría de los viajes", extendida popularmente, pero también defendida y promulgada por los más ilustres filósofos y escritores: Descartes, casi toda la Ilustración, muchísimos escritores, creían que los viajes, vividos y contados, nos brindan aprendizajes importantes. Y mucha gente cree que los viajes nos abren la visión, nos hacen más tolerantes con las costumbres ajenas, nos enseñan algo sobre nosotros mismos y sobre el mundo. No es un aprendizaje espontáneo, ni infalible; tiene épocas en que es más importante, otras en las que se oscurece.

Hay varias experiencias así, que se repiten, aunque no son totalmente típicas, que aparecen como posibles fuentes de sabiduría práctica. Una de estas fuentes —una fuente dolorosa, en contraste con los viajes, por ejemplo—, que estuvo muy presente en un pasado lejano, sobre la que se reflexionaba y se escribían poemas y hasta tratados de filosofía, es el exilio. En la Biblia, en la antigüedad griega y romana, el exilio —y las preguntas de ¿cómo vivirlo?, ¿cómo asimilarlo?— era un motivo de reflexión. Esa fuente, esa reflexión sobre el exilio como una experiencia reveladora, no es nada frecuente entre los modernos y parece que se ha secado. Carlos Pereda, en este libro, cree que la sabiduría sobre el exilio, tan viva en la antigüedad, no es un pasado muerto, sino un pasado presente; y que no sólo sería importante rescatar esa sabiduría, sino, desde nuestra actualidad, reflexionar y buscar nuevas formas para acceder a los *Aprendizajes del exilio*. Y en el camino —en el camino de la reflexión sobre el exilio— nos enseña otras muchas cosas; sobre filosofía, por ejemplo, y sobre la imaginación teórica.

El exilio es a la vez una experiencia individual y social. Es un tipo de desplazamiento forzado, pero no el único. Comparte un campo de significación con el destierro, con la emigración, con los refugiados. Seguramente varios de los lectores tendrán una idea más o menos vaga sobre el exilio. El primer capítulo del libro es, pues, un recorrido por las palabras en el que Pereda nos aclara un poco la particularidad del exilio y de los exiliados, nos cuenta algo de la historia de los que han hecho del exilio un tema importante, comenzando con la Biblia, en donde el exilio del pueblo de Israel es tan importante, y continuando con